

## *EL CORAZÓN DE LA CRIADA*

Dicen que todos los caminos conducen a Roma, pero ya me hubiera gustado estar dirigiéndome hacia allí en aquel momento. Me encontraba en un avión cruzando el Atlántico con destino a Buenos Aires, Argentina. Mis liberales padres habían decidido mandarme tres semanas a visitar a mi tía, que residía allí temporalmente, alegando que sería una fantástica oportunidad para sumergirme en otra cultura. Tía Romilda me recogió en el aeropuerto. Se trataba de una exasperante mujer que siempre iba demasiado arreglada y con la cara más tensa que la cuerda de una guitarra. Al verme, forzó al instante una amplia sonrisa macabra. –¡Sergio, cariño, qué alegría! -. Por el camino, pegué la cara a la ventanilla del coche mientras ella no paraba de parlotear sobre la familia y lo bien que lo íbamos a pasar juntos. Decidí que hacerme el dormido era mi mejor opción para que se callara.

Cuando abrí los ojos, ya habíamos llegado. Estábamos frente a la entrada de lo que parecía un lujoso hotel de cinco estrellas. Dos imponentes columnas rodeadas de madreSelva abrían paso a un recibidor dorado en el que una joven se encontraba sentada tras un lustroso mostrador de madera caoba. Subimos a un ascensor enmoquetado que me recordaba a las películas de Manhattan. Ya en la casa, mi tía me guió hacia una cocina que bien podía pasar por una pista de esquí olímpica, pues las encimeras de mármol blanco relucían como el hielo y sus dimensiones eran mayores que cualquiera que yo hubiera visto nunca antes. - ¿Quieres tomar algo, cariño?-. -Bueno, un vaso de agua estaría bien-. –Claro que sí -, contestó tía Romilda que, en una décima de segundo, cambió su congelada sonrisa por una cara de auténtico perro rabioso, al tiempo que ladraba: -¡¡Teresa!!¡ Ponle ahora mismo un vaso de agua a mi sobrino! En ese momento, una mujer mayor de piel aceitunada y cara mofletuda entró en la estancia. De forma asombrosamente rápida se movió por la cocina abriendo armarios y sirviéndome agua

fría en una elegante copa. –Muchas gracias -, le dije mirándola fijamente a los ojos. –De nada hermosura-, respondió ella con una sonrisa afable al tiempo que desaparecía por donde había venido. –¿Quién era esa mujer tía Romilda?-. - Pues la criada, quién va a ser-, respondió frunciendo el ceño. Mientras ella abandonaba la cocina dando por acabada la conversación, la curiosidad que había despertado en mí aquella “criada” crecía por momentos.

Pasaron los días y observé cómo cada vez que me dirigía a Teresa o le pedía su opinión sobre cualquier cosa, tía Romilda me replicaba cortante que estaba trabajando y que no la distrajera. Enseguida me di cuenta de que la criada era tratada como un mueble más del lujoso mobiliario de la casa. Ella actuaba de forma prudente y tenía muy claro su papel, moviéndose con sigilo y trabajando con eficacia. Su habitación, la más escondida y oscura de la casa, siempre tenía la puerta cerrada, lo que suponía una provocación para mi curiosidad de niño. Una noche en la que me quedé aparentemente solo en casa, me dirigí a hurtadillas a la habitación de Teresa. Toqué dos veces, sin obtener respuesta, por lo que decidí aventurarme a entrar mientras sentía cómo mi corazón me golpeaba el pecho. Lo que vi me dejó atónito. No podría haber dicho cuál era exactamente el tamaño de la habitación, ya que las paredes se encontraban cubiertas por estanterías llenas y llenas de libros. Una imagen de la virgen era el único hueco por el que se podía atisbar el color ocre de la pared, y un dulce olor a mirra flotaba en el aire. Me estaba fijando en una llamativa figura que se posaba sobre un estante cuando escuché un chasquido a mi espalda. Salté del susto y pude ver a Teresa de brazos cruzados en la puerta. – Lo-lo siento-, logré tartamudear. –Llamé y, como no sabía si había alguien, pues...-. –No te preocupes mi niño-, dijo al fin ella con una sonrisa sincera. – Si buscas refugio, eres bienvenido-. Fue entonces cuando me relajé y, poco a poco, empezamos a hablar. Le pregunté por todos aquellos libros y me contó que leer era su pasión y que, a

pesar de haber servido en varias casas, nunca dejaba ni un solo libro atrás. Además, me estuvo enseñando algunos de ellos e incluso me dejó un libro de cuentos al que, según ella, tenía mucho aprecio, pues recogía las fábulas y leyendas de su pueblo natal, Itatí, y de su milagrosa virgen. Le pedí que me contara algún relato, el que más le gustara. Ella accedió, satisfecha por mi interés, y estuvimos varias horas absortos entre las páginas.

En los días venideros convertí en rutina mis visitas al cuarto de Teresa, siempre en su compañía claro. Además, me di cuenta de que tía Romilda nunca ponía un pie allí, lo que suponía una ventaja enorme para librarme de ella. Le dije a Teresa que me resultaba muy llamativo el trato arisco que recibía por parte de “la señora de la casa”, a pesar de llevar ya unos años trabajando allí. Ella soltó una profunda carcajada y me dijo que eso no era nada en comparación con lo que había vivido en otras casas. –Debe resultar muy triste llevar toda la vida limpiando la suciedad de personas que ni te miran a los ojos-, le solté en un arrebato de sinceridad. –No te creas, en las sombras se aprenden a ver muchas cosas valiosas que la gente no es capaz de distinguir a la luz-, me contestó ella misteriosa. –Y yo he sido capaz de ver, aprender e incluso formar parte de historias que ni te podrías imaginar-. Su respuesta me intrigó. - ¿Podrías contarme alguna anécdota interesante? Y, aunque dudosa, contestó: -Sí, ponte cómodo y prepárate para escuchar una historia que nunca antes he contado a nadie.

En los años 80, conseguí entrar al servicio de una de las familias más influyentes y adineradas de Argentina, los Menéndez de Urquijo. Ellos se movían por los ambientes más selectos de Buenos Aires, acudían a fiestas privadas y eventos de sociedad, y conocían a todas las celebridades de la época. Cualquiera hubiera dicho que era una privilegiada por poder formar parte de aquel círculo, aunque fuera en un segundo plano. Los de Urquijo vivían en un preciado palacete situado al oeste de la Avenida Cabildo, en pleno centro de la ciudad. Me escogieron porque era joven, y necesitaban a alguien

con vitalidad. No fue fácil acostumbrarme a su frialdad, pues no me estaba permitido mirarlos directamente a los ojos, por protocolo. Fue en esa casa donde aprendí verdaderamente el “libro de recetas” para ser una auténtica criada: habitación pequeña, baño separado y uniforme siempre bien planchado.

En una ocasión, los de Urquijo celebraron una gran fiesta en su casa con motivo de una victoria de su partido. Además de políticos, muchas otras personalidades acudieron a la fiesta. Aquella noche, salí del abarrotado salón con discreción para respirar un poco de aire fresco al jardín.. Le recé a la virgen de Itatí para que me diera fuerzas para seguir en aquel mundo tan superficial y alejado de mis humildes valores. Fue entonces cuando me di cuenta de que no estaba sola, una figura oscura fumaba tras de mí. –¡Disculpe señor mío, no lo había visto! -, me excusé apurada. -A veces pienso que soy invisible-. –No se preocupe, no me extraña dado el modo en que la tratan ¿Me permite su nombre? -, me preguntó mirándome directamente a los ojos. - María Teresa, señor mío-, contesté sorprendida. –Es usted una fervorosa creyente de la virgen por lo que veo-. Comenzamos a conversar y, aunque al principio me encontraba algo tensa, pronto descubrí que era alguien diferente, culto y un hombre de letras. Estuvimos hablando de Itatí y otros lugares, y también de literatura. Finalmente, me disculpé, pues debía seguir trabajando, pero justo antes de irme recordé preguntarle su nombre. -Marcelo Bonevardi, señorita mía-, me contestó él divertido. Fue entonces cuando le reconocí, ¡se trataba del famoso artista Bonevardi!;el escultor y arquitecto!; yo había leído sobre su trabajo. Me dejó marchar con la promesa de una conversación futura y partí con el corazón desbocado.

Precisamente aquel año, la familia Menéndez de Urquijo comenzó a financiar algunas de las exposiciones y obras de Bonevardi, lo que permitió que éste frecuentara las visitas al palacete, zafándose, en ocasiones, de las formales reuniones para venir a

charlar conmigo. Él me contaba sus progresos en el mundo del arte, cada vez más aplaudido y famoso a nivel internacional. Yo escuchaba atenta y maravillada sus viajes y anécdotas, pues los libros eran los únicos que me permitían evadirme de esa manera. Los meses pasaron y, un día, Marcelo Bonevardi llegó al palacete pidiendo verme a mí directamente. La mirada escandalizada de la señora de Urquijo no pasó desapercibida para nadie, pero le indicó el camino a mis “aposentos”. Una vez a solas, me contó que se encaminaba a comenzar una nueva vida en Estados Unidos, pues un prestigioso estudio de arte de Nueva York se había encaprichado con su trabajo. Me dijo que no podía irse sin despedirse de mí, pues había supuesto un apoyo incondicional para él durante aquellos meses y, antes de que yo pudiera decir nada, sacó de su maletín una pequeña escultura nacarada. Se trataba de una virgen con un brillante corazón azul en el pecho. Me contó que la había hecho con sus propias manos, con madera de la propia Itatí, y que el corazón era un zafiro auténtico que representaba la pureza y la bondad que él había visto en mi propio corazón. –No eres invisible para mí, María Teresa, brillas mucho más que la gente vulgar de la que te rodeas-. Completamente emocionada, lo abracé con fuerza mientras sólo era capaz de decir: gracias. Marcelo marchó, llevándose con él su arte, y Buenos Aires me pareció desde entonces un poco más gris.

Esa misma semana, andaba taciturna limpiando cuando escuché unos pasos al final del pasillo. Me resultó raro, pues pude ver que salía luz de mi habitación, la cual yo siempre dejaba cerrada. Me dirigí hacia mi cuarto y, cuando llegué a la puerta, me quedé petrificada. Solté un grito ahogado a la vez que el cubo se derramaba de golpe sobre la madera pulida. Mi habitación se encontraba totalmente revuelta, todos mis libros esparcidos por el suelo, los cajones abiertos y, ahí estaba ella, la mismísima señora de Urquijo sujetaba en sus manos huesudas la escultura de la virgen que me había regalado Marcelo. –¡Eres una ladrona, maldita criada! ¿Te pensabas que no me iba a dar a cuenta

de lo que te llevabas entre manos? -. –No sé de lo que me habla, señora-, respondí con la voz quebrada por el asombro. –¡Todo este tiempo has estado seduciendo al señor Bonevardi con el único fin de robarle, de robarnos a nosotros que somos sus mecenas! ¿Esta figurilla es suya verdad? - . –Sí, pero se equivoca señora, fue un regalo de despedida de Marcelo, lo hizo especialmente para mí-. - ¿Pretendes que me crea eso? -, me espetó. –Pienso llamar a la policía ahora mismo, ¡estás acabada! -. Me apartó de un empujón al tiempo que salía por la puerta, altiva. Las lágrimas comenzaron a brotar de mis ojos sin control y entonces lo vi. El zafiro de la virgen me lanzó un destello y sentí como toda mi tristeza se evaporaba para convertirse en coraje, como si la propia señora de Itatí me alentara desde el interior. –¡Señora de Urquijo! -, chillé - ¡devuélvame eso ahora mismo!;Me pertenece!-. Alcancé a la señora antes de que empezara a bajar la escalera y juntas forcejamos violentamente por la estatuilla. –¡Eres una malnacida! -, vociferaba -y si la virgen que idolatras fuera justa ya te habría hecho pagar por tus pecados! -. Finalmente, conseguí arrebatarla, sin embargo, la señora dio un traspie que le hizo perder el equilibrio y, antes de darme cuenta, rodaba aparatosamente escaleras abajo. Llegó al pie de la escalera dando un golpe seco y permaneció allí... inmóvil. Todavía no era capaz de procesar todo lo que me acababa de pasar, así que me dejé llevar por la inercia de la lógica. Volví corriendo a mi cuarto, empaqué todo lo que podía cargar en mi maleta y huí del palacete sin mirar atrás.

Cogí el primer autobús comarcal que encontré y me alejé todo lo que pude de aquella pesadilla. Conseguí llegar a Itatí, donde mi familia me recibió con los brazos abiertos. Decidí ocultarme durante algún tiempo, al fin y al cabo, tras lo sucedido, en aquellos momentos podía ser considerada una fugitiva, y condenada por robo o, incluso, asesinato. Pasó el tiempo y descubrí que la Señora de Urquijo no falleció en el fatal accidente, y que ofreció una recompensa a todo aquel que le aportara información sobre

mi paradero. Más tarde, me enteré de que los de Urquijo estaban arruinados y todas sus pertenencias estaban siendo embargadas por la banca. Un final justo para una familia que había vivido cegada por la codicia, el interés y el status social. También me llegaron noticias de Marcelo, que mandó una carta para mí al servicio de correos de Itatí. En ella, me contaba sus logros cosechados en la gran manzana; ya era un artista mundialmente conocido. Decía, además, que tenía la ilusión de que volviésemos a vernos, y que visitaría en unos meses la capital, ajeno a todo lo que había sucedido en su ausencia. Emocionada, decidí que ya era hora de volver al mundo real y zambullirme de nuevo en la cruda realidad urbanita. En la prensa y en la radio ya se anunciaba que estaba cerca el regreso del famoso Bonevardi, con una ilustre exposición en el Museo de Arte Moderno de Buenos Aires. Yo pasaba todos los días por delante, ilusionada por el reencuentro. Mas uno de los días, observé que había un revuelo poco usual frente a la puerta del museo. La muchedumbre se agolpaba alrededor de un hombre que se disponía a hacer una declaración oficial: Marcelo Bonevardi había fallecido de un infarto en Córdoba a tan solo unos días de su llegada. El mundo se paró un instante y sentí que me desvanecía allí mismo... Los días pasaron y, aunque me resultó duro, decidí finalmente visitar la exposición de Marcelo. Fue entonces cuando comprendí, maravillada por su expresionismo, que su legado siempre perduraría, no sólo en mí, sino en todas sus obras, en todas las personas en las que había influido con su arte. No lo olvides Sergio, el verdadero arte es el que proyectas en el mundo que te rodea.

Finalmente, llegó el día de mi regreso a España. Jamás pensé que me resultaría tan duro, pues todo lo que había aprendido había labrado en mí una profundidad que hasta entonces no había conocido. Echaría mucho de menos a Teresa, e incluso un poco a tía Romilda. El avión despegó mientras yo miraba melancólico por la ventanilla. Abrí mi mochila para coger un libro y entonces... la vi, ¡la estatuilla de la virgen estaba dentro de

mi mochila! Un sobre con mi nombre la acompañaba. Lo abrí tembloroso y comencé a leer: Querido Sergio, gracias a ti he vuelto a recorrer el camino de un pasado que tenía ya casi olvidado. Me he dado cuenta de que estas experiencias siempre irán conmigo, así que aquí te dejo mi “preciado corazón” para que una parte de mí siempre vaya contigo.

*El Cordobés*